

guerra á todo trance. El país obedeció, no retrocediendo ante ningun sacrificio de hombres y de dinero.

Al mismo tiempo que se sitiaba á París, la revolucion italiana completaba el curso de sus sacrilegos atentados. Las provincias que hasta entonces habian permanecido bajo el gobierno de la Santa Sede, fueron invadidas; Roma fué sitiada sin que el papa hubiera dado el más pequeño pretexto para esta inicua violencia, y Pío IX, contentándose con una corta lucha que demostró todo el valor y abnegacion del ejército pontificio, dió orden de ceder. Los piamonteses entraron en la Ciudad Santa (20 de Setiembre), y se encerro al papa en su palacio del Vaticano, en donde se le dejó una apariencia de irrisoria libertad. La impiedad aplaudió, las gentes honradas estaban consternadas; los gobiernos protestaron con tan poca energía, que su protesta sólo sirvió para hacer más atrevida la impiedad, y como la revolucion continuara siempre impeliendo al rey Víctor Manuel, este monarca acabó por tomar posesion, el 2 de Julio de 1871, de la capital del mundo cristiano como de su propia capital. El crimen de la revolucion es hoy un hecho consumado, pero deja una esperanza á todos los católicos, á saber: que Francia, humillada en el momento mismo en que abandonaba la proteccion de la Santa Sede, se levantará un dia y recobrará su fuerza al par que sus gloriosas tradiciones. Los pueblos católicos se han mostrado en estas circunstancias superiores á sus gobiernos; de todas partes llegaron enérgicas protestas, se multiplicaron admirablemente los testimonios de abnegacion y fidelidad, con motivo del 16 de Junio de 1871, que vió empezar el vigésimo sexto año del pontificado de Pío IX, acontecimiento sin ejemplar en la historia del papado.

Sería imposible, en un corto resumen, indicar, ni aún rápidamente, todos los hechos de armas que merecen pasar al recuerdo de la posteridad. Desde el 20 de Setiembre, la atencion general se concentró en París. El general Trochu presidia la defensa y procuraba ponerse en estado de aprovecharse de las victorias de los ejércitos de provincia; M. Gambetta trabajaba con febril actividad, desgraciadamente harto precipitada y demasiado confiada en las frases y recuerdos de otra época, por formar

los ejércitos destinados á marchar en auxilio de París. Un primer ejército, llamado del Loira, mandado por el general de Aurelles de Paladines, habia ya recobrado á Orleans y vencido á los prusianos en Coulmiers (9 de Noviembre), cuando la capitulacion de Metz, despues de la de Strasburgo, valió á los prusianos un ejército de más de doscientos mil hombres (29 de Octubre). Esta capitulacion, que daba cien mil prisioneros á Alemania, es una cuestion sobre la cual la historia no ha pronunciado aún su última palabra, si bien parece demasiado cierto que si el mariscal Bazaine no fué un traidor, fué el más incapaz y faltó á uno de sus deberes de general de ejército. Dueños de Metz, los prusianos se extendieron como un torrente por la Picardía y por la Normandía, rechazaron al ejército del Loira al otro lado de Orleans, y desde entonces se pudo prever que la campaña estaba perdida. París, que habia hecho vigorosas salidas desde los primeros dias del sitio y que en 13 de Octubre habia librado una verdadera batalla, renovada el 21 y despues el 28 en Bourget, estuvo el 31 de Octubre á punto de caer en la anarquía y sufrir el yugo de los partidarios de la Comuna y de la bandera roja, mientras que M. Thiers volvia á entablar en Versalles, en donde se encontraba el rey de Prusia, negociaciones para un armisticio, que no dieron resultado alguno.

El 29 de Noviembre se intentó un esfuerzo más poderoso que todos los demas. El general Ducrot intentó forzar las líneas prusianas al Este; una avenida del Marne, un frio repentino que se dejó sentir, impidieron que esta salida diera todos los resultados que de ella se podian esperar. El ejército del Loira, que procuraba reunirse con el ejército sitiado, se vió, por su parte, precisado á batirse en retirada despues de la batalla de Patay (2 de Diciembre), y se debió perder la esperanza de hacer levantar el sitio de París. El ejército del Loira se dividió en otros dos: uno, mandado por el general Chanzy, que retrocedió lentamente delante del enemigo hasta Mans y despues hasta el Saval; otro, mandado por el general Bourbaki, antiguo comandante de la guardia imperial, que á través de mil obstáculos de todo género intentó hacer levantar el bloqueo de Belfort y cortar las comunicaciones del enemigo con Ale-

mania; pero que encontró insuperables obstáculos y se vió precisado á refugiarse con su ejército en Suiza. Al mismo tiempo, el general Taidherbe, á la cabeza de un pequeño ejército en el Norte, derrotaba á los prusianos en Bapaume; pero fué á su vez derrotado en San Quintín y no tenía más recurso que refugiarse y llamar la atencion del enemigo entre las fortalezas del Artois y de Flandes.

El hambre consiguió lo que la fuerza no habia podido alcanzar. Desde los primeros dias de Diciembre los prusianos empezaron á bombardear á París desde las alturas de Meudon; no habian podido apoderarse de ningun fuerte ni acercarse á los baluartes; pero la poblacion sufría extraordinariamente por falta de víveres. Despues de haber devorado á los caballos, se veian los ciudadanos de París precisados á comer los perros, los gatos, las ratas y no tenían más que un pan mezclado con paja y que apenas bastaba para que no se murieran de hambre. Dos millones de personas, mujeres, niños, viejos, enfermos, se hallaban reducidos á este extremo, sin que nadie pronunciase la palabra capitulacion. El gobierno, enterado de la situacion, creyó que se podia esperar más tiempo. Una última salida, que probó el valor de los sitiados al mismo tiempo que su impotencia, y que fué seguida de otra nueva tentativa de revolucion en la ciudad, precipitó los acontecimientos. Se volvieron á entablar negociaciones con el enemigo y se celebró un armisticio bajo las rigurosas condiciones de que todos los países ocupados por los alemanes quedarian provisionalmente en su poder, que entrarían en los fuertes que rodean á la capital, sin entrar en París, que el ejército de esta ciudad sería desarmado, que solamente la guardia nacional quedaria sobre las armas y que se convocaria á una Asamblea nacional en el término de quince dias. Fué preciso aceptar estas condiciones (29 de Enero de 1871).

Fué, pues, convocada una Asamblea nacional. Las elecciones tuvieron lugar el 8 de Febrero y los representantes se reunieron en Burdeos. La Asamblea encomendó inmediatamente el Poder ejecutivo á Mr. Thiers, que habia sido elegido por más de veinte departamentos, y se ocupó de los preliminares de la paz. La nacion queria la paz, la queria lo más honrosa posible,

si bien todos sentian no poder esperar continuando por más tiempo la resistencia con algun viso de triunfo. Mr. Thiers se trasladó á Versalles con Julio Favre, y los preliminares quedaron redactados tan rigurosos como nunca Francia los habia conocido: una indemnizacion de guerra de 5.000 millones, 500 de ellos dentro de un muy corto plazo; la pérdida de una provincia entera, la Alsacia, y de una parte considerable de otra, la Lorena, incluso Metz; la ocupacion de muchos departamentos hasta la terminacion del pago, con obligacion de mantener á las tropas alemanas: tales eran las principales condiciones. La Asamblea ratificó estos preliminares con una dolorosa resignacion; despues se convino en trabajar con el mayor ardor posible en la organizacion del ejército y de la administracion, y trasladó su residencia á Versalles á fin de evitar estar bajo el cañon enemigo y á merced de un golpe de mano de los revolucionarios de París, de los cuales habia mil motivos para desconfiar.

El trabajo y el comercio recobraban su actividad y se empezaba á entrever mejores dias, cuando estalló una insurreccion, cuyos crímenes recordaron y aun dejaron atrás á los horrores de 1793. Desde el 4 de Setiembre se habia podido sentir que la revolucion irreligiosa é impía procuraria aprovecharse de los acontecimientos, y que las escuelas socialistas y comunistas, apoyadas en esa inmensa asociacion obrera de todos los países, conocida con el nombre de la *Internacional*, tratarian de realizar sus utopias, aún echando mano de los más violentos medios. La falta cometida por el gobierno, que habia consentido en el desarme de la tropa y que habia estipulado que la guardia nacional conservaria sus armas, suministró á la revolucion la ocasion apetecida. Los guardias nacionales de los cuarteles de las afueras, Belleville, Montmatre, La Chapelle, etc., casi todos ellos obreros y afiliados á la *Internacional*, se habian apoderado de muchos cañones y ametralladoras so pretexto de sustraerlos á los prusianos, que habian conseguido ocupar durante dos dias el cuartel de los Campos-Eliseos. Habiendo querido el gobierno recobrar estos cañones y ametralladoras, los guardias nacionales se opusieron á ello; los cañones fueron guardados, un regimiento hizo causa comun



con la sublevación, y el gobierno, no creyéndose seguro en París, abandonó á sí misma á la capital (18 de Marzo de 1871).

La Commune fué proclamada y propuesta como modelo á la Francia, que no debía formar más que una vasta federación de 40.000 comunas. Se hizo un simulacro de elecciones y se vió formar parte de la Commune á los Descluze, los Félix Pyat, los Assi, los Raul Rigaut, los Vermorel, los Ferret, los Courbet, etcétera, todos revolucionarios distinguidos y que detestaban no ménos á la religión que á la sociedad. Tenían un ejército de ciento á ciento veinte mil hombres provistos de armas y de artillería; se habían apoderado, sin disparar un tiro, de los fuertes de la orilla izquierda, excepto del Mont-Valerien, y se hallaban en estado de sostener un largo sitio. Preciso es citar á sus generales, la mayor parte de ellos improvisados, los Flourens, los Dombrowski, los Rossel, los Eudes, etc., y notar que casi todos ellos eran extranjeros; más de veinte mil extranjeros tal vez combatían en las filas de los insurrectos: ingleses, alemanes, italianos, polacos, españoles, etc. Desde los primeros días se conoció el carácter de esta revolución; la irreligión, la inmoralidad, el pillaje y la crueldad constituyeron sus principales rasgos. Algunos hombres, amantes del orden, quisieron hacer una manifestación pacífica en la plaza de Vendome y fueron recibidos á tiros; cerráronse las escuelas de los Hermanos y de las Hermanas; se reemplazó á los religiosos y religiosas con hombres y mujeres sin costumbres; se hicieron adquisiciones de víveres sin pagarles; se saqueó las casas públicas y las particulares, y París fué teatro de orgías peores que las de la regencia y del directorio; parecía que el infierno mismo se había apoderado de esta desventurada ciudad. Finalmente, en la esperanza de ponerse al abrigo de las venganzas de la ley y sin duda también para satisfacer sus impíos odios, los jefes de la Commune hicieron encerrar á algunos sacerdotes, incluso el arzobispo de París, religiosos, magistrados y otros ciudadanos notables, á los cuales designaron con el nombre de rehenes.

Las hostilidades entre el ejército de la Commune y el ejército nacional, rápidamente reformado en Versalles por M. Thiers á las órde-

nes del mariscal Mac-Mahon, curado de la herida recibida en Sedan, empezaron el domingo de Ramos, 2 de Abril, y continuaron por espacio de dos meses. Fué este un sitio en regla. El ejército francés no podía atacar más que por el lado que no estaba ocupado por los prusianos. Las operaciones se llevaron á cabo con tanta prudencia como vigor, mientras que la autoridad hacia fracasar en provincias, en Lyon, en Marsella, en San Estéban, etc., las tentativas de los hombres de desorden. Por fin, en la última quincena de Mayo, sus negocios parecieron desesperados; habían perdido mucha gente y conocían que los días de la resistencia estaban contados. Entonces empezaron los furros y se cometieron los más abominables excesos. La columna de la plaza Vendome fué derribada en medio de las cínicas aclamaciones de una delirante multitud.

Los fuertes habían sido recobrados unos despues de otros; las murallas eran batidas en brecha por una formidable artillería, y las tropas regulares avanzaban metódica y seguramente. Un valeroso ciudadano aceleró el desenlace haciendo saber que una puerta, la de Auteuil, se hallaba mal guardada. Entraron por ella las tropas el domingo, 21 de Mayo, y entonces empieza una espantosa batalla de ocho días con ocho noches, que no se termina hasta el domingo siguiente, día de Pentecostés, 28 de Mayo. ¿Quién podrá describir los horrores de estos terribles días? El fuego puesto por los insurrectos á las Tullerías, al ministerio de Hacienda, al palacio de Justicia, á la casa de Ayuntamiento, á muchos almacenes, á calles enteras como la de Lille y la calle Real, los asesinatos de monseñor Darboy, arzobispo de París; del abate Deguerry, párroco de la Magdalena; de los PP. Ollivaint, Ducondray y de otros muchos jesuitas, de muchos dominicos, de inofensivos sacerdotes conocidos por sus buenas obras (el P. Captier, etc.), de M. Bougeau, antiguo senador y magistrado, de algunos gendarmes, etc.; tales fueron las hazañas de los miserables que tenían horrorizado á París. Y eran algunas mujeres, verdaderas furias, las que trabajaban por propagar los incendios por medio del petróleo, y niños los que se encarnizaban en la obra de destrucción. Muchas iglesias, Nuestra Señora, la Santa Capilla, un gran número de

monumentos públicos y particulares se salvaron, merced á la prontitud de los socorros y á la rapidez de los movimientos del ejército libertador. Por otra parte, los hombres de la Commune habían resuelto incendiar y hacer saltar á todo París; la misericordia de Dios no permitió se cumplieran sus execrables designios, sino que se dejó tocar por el grito de la sangre de los nuevos mártires, á quienes la sátnica rabia de los revolucionarios acababa de inmolarse.

Despues de estos terribles acontecimientos la Francia respiró por fin. Cerca de veinte mil insurrectos habían perecido y otros treinta mil hecho prisioneros; éstos, entregados á la justicia militar, fueron, unos puestos en libertad, otros condenados, como Rossel, á la pena de muerte y ejecutados, y algunos millares, entre ellos Rochefort, condenados á la deportación á la Nueva Caledonia. La toma de París había honrado sobremanera al ejército francés, que acababa de prestar un inmenso servicio á la causa de la civilización y á toda la Europa entera. Se podía esperar que la sociedad no se volvería á encontrar por mucho tiempo en semejante peligro, y volvió á renacer la confianza. En el mes de Julio, la suscripción de un empréstito de dos mil millones probó que los recursos financieros de Francia no estaban aún agotados, y que si se tenía la prudencia de evitar estas violentas revoluciones, que periódicamente vienen á trastornarlo todo, la fuerza y la prosperidad no tardarían en volver. Al año siguiente, la suscripción de un nuevo empréstito de tres mil millones completó la demostración y permitió al mismo tiempo hacer constar la confianza de Europa en el crédito y prosperidad del país; fueron estos unos hechos inauditos en los anales financieros é indicaban una situación nueva que debía provocar las meditaciones de los hombres de Estado, desconcertados en un principio con estos inesperados resultados.

En el mes de Febrero de 1871, el instinto del país le impelia á la restauración de la monarquía; las elecciones complementarias hechas el 2 de Julio parecieron mostrar en seguida que no retrocedería ante el experimento de una república conducida por hombres que no serían republicanos. Otras elecciones generales para

nombrar consejeros generales de los departamentos probaron sobre todo que el país estaba cansado de todo lo que se parecía al movimiento, y que al ménos quería conservar la tranquilidad (8 de Octubre de 1871). Las elecciones parciales, celebradas á consecuencia de algunas vacantes en la Asamblea nacional, parecieron despues mostrar que el movimiento político se precipitaba en el sentido de una república más avanzada que la de los hombres moderados, y que se llama *república radical*, en oposición á la república moderada y conservadora, y la Francia se encontró desgraciadamente dividida en partidos que no podían entenderse.

El primero de estos partidos, que representa las viejas tradiciones francesas, sin desconocer las necesidades de los tiempos actuales, es el partido legitimista, que considera al conde de Chambord, nieto de Carlos X é hijo del duque de Berry, como á rey legítimo de Francia, bajo el nombre de Enrique V.

Viene despues el partido orleanista, que acepta la revolución de 1830 y ve el ideal del gobierno en el reino llamado de Julio, tal como le había establecido el rey Luis Felipe I; este partido designa como rey al conde de París, hijo del duque de Orleans y nieto de Luis Felipe; un paso dado por el conde de París (5 de Agosto) hácia el conde de Chambord ha sido causa de la unidad en la familia real y puede hacer esperar una seria reconciliación, que pondría fin al partido orleanista.

Al lado de los legitimistas y de los orleanistas se colocan los bonapartistas ó partidarios del imperio, á quienes no han desanimado los últimos desastres y que creen ver en el sistema napoleónico una feliz fusión entre la monarquía y la democracia; para éstos el príncipe imperial debía ser llamado al trono despues de la muerte de Napoleón III.

Despues de los partidos monárquicos vienen los partidos republicanos, que se pueden subdividir en tres: los republicanos conservadores, para quienes la república no sería apenas más que una monarquía constitucional, con un presidente electivo en lugar de un rey hereditario; los republicanos radicales, que quieren la república de los antiguos girondinos, y que, una vez en el poder, no podrían resistir á los republicanos avanzados ó rojos, más lógicos, con los



cuales se caería inmediatamente en la anarquía de la Commune.

No es de nuestra incumbencia indicar aquí ni nuestras previsiones ni nuestras preferencias entre estos partidos que no van directamente á la destruccion de la sociedad: todo lo más que podemos decir, es que Francia, nacion eminentemente cristiana y profundamente católica, no encontrará la verdadera paz y la verdadera grandeza sino cuando haya plenamente vuelto á las tradiciones de la política cristiana, y que haya puesto sus instituciones y sus leyes en armonía con las leyes del cristianismo. El verdadero patriotismo consiste, pues, hoy en trabajar por la restauracion religiosa de Francia y de sus instituciones; los verdaderos amigos de su país deben aceptar la forma de gobierno que mejor asegure esta necesaria restauracion. Ojalá que la Francia tenga bastante prudencia y resolucion para llegar al deseado resultado sin nuevas sacudidas y sin que tenga necesidad de nuevas y crueles lecciones. La forma actual de gobierno es esencialmente provisional. La Asamblea nacional, para fortificar el poder de M. Thiers, le habia dado el título de presidente de la república francesa, que su sucesor ha conservado; pero entiéndase que este título en nada prejuzgaba la forma definitiva de gobierno, sobre la cual la Asamblea se ha reservado el decidirse cuando llegue el momento oportuno y sepa que en su mayoría es más bien monárquica que republicana ó al contrario. Esto es lo que se llama el pacto de Burdeos, porque en esta ciudad, en las primeras sesiones de la Asamblea, fué donde se aplazó para más tarde la solucion definitiva de esta grave cuestion.

La guerra franco-prusiana causó una sacudida general en toda la Europa y llamó la atencion del mundo entero, más ó menos directamente interesado, tanto bajo el punto de vista político, como bajo el punto de vista religioso, en el resultado de esta lucha gigantesca.

La Prusia fué, naturalmente, la que más provecho sacó de esta guerra; su rey fué proclamado emperador de Alemania, en Versalles mismo, el día 18 de Enero de 1871, y sucedió así oficialmente al Austria en la hegemonía de los pueblos de raza germana. La Constitucion del imperio aleman ha continuado por otra parte siendo la misma que la Constitucion fe-

deral de 1866; el poder ejecutivo le ejerce el rey de Prusia como emperador de Alemania y por la mediacion de un primer ministro, que tiene el título de canciller del imperio. Este cargo es hoy dia desempeñado por el conde de Bismark, elevado á la dignidad de príncipe por su soberano. El imperio aleman, compuesto de los cuatro reinos de Prusia, Baviera, Sajonia y Wurtemberg, de los cinco grandes ducados de Baden, de Hesse, de Mecklemburgo-Schwerin, de Mecklemburgo-Strelitz, de Sajonia-Weimar y de Oldemburgo, de los ducados de Brunswick, de Sajonia Meininger, de Sajonia-Altemburgo, de Sajonia-Coburgo-Gotha y de Anhalt, de los principados de Schwarzburgo-Rudolstadt, de Schwarzburgo-Sonderhausen, de Waldeck, de Reuss (línea primogénita), de Reuss (línea secundona), de Schauemburgo-Lippe y de Lippe-Delmond, de las ciudades libres de Lubeck, de Brema y de Hamburgo, finalmente del país del imperio, la Alsacia-Lorena, separado de Francia, encierra una poblacion de cuarenta millones de habitantes; todos estos países, que han conservado sus legislaturas especiales y sus soberanos nominales, excepto la Alsacia-Lorena, gobernada en nombre del imperio, están en realidad sometidos á la Prusia, que es la potencia preponderante y la directora de todas las fuerzas militares y que hasta puede influir en su régimen interior por el Parlamento general, Reichstag, que se reúne en Berlin y cuya mayoría es prusiana ó adicta á la Prusia. Los Estados, poco há independientes, así reunidos bajo la dominacion directa ó indirecta de la Prusia, empiezan á sentir el peso del yugo que se han dejado imponer; la persecucion dirigida contra la Iglesia católica, persecucion que amenaza hasta á la libertad religiosa de los protestantes, es otro origen de descontento y una causa de debilidad, que muy bien podrá ser causa de un fin próximo del edificio imperial prusiano.

El Austria, no incluida en Alemania desde 1866, no se atrevió, despues de las primeras victorias de Prusia sobre Francia, á manifestar las simpatías que abrigaba hácia este país. Tirroteada entre las tendencias y las pretensiones diversas de la Hungría, de la Bohemia, de la Galitzia y de los países alemanes; demasiado debilitada por las derrotas de 1859 y 1866 y más

debilitada aún por el liberalismo anti-cristiano, que le impone una política contraria á las tradiciones y á los verdaderos intereses de la dinastía de Habsburgo-Lorena, este imperio forma oficialmente un doble Estado, compuesto de las provincias cis-leithanas (de este lado del Leitha) y de las provincias trans-leithanas (al otro lado del Leitha), que pertenecen al reino de Hungría. El jefe de la monarquía es emperador de Austria y rey de Hungría; cada uno de estos Estados tiene su representacion especial, con un ministerio especial, sobre los cuales se encuentran el consejo del imperio Reichsrath, el ministerio, llamado del imperio, que se compone de tres ministros, el canciller, que es ministro de Negocios Extranjeros, el ministro de Hacienda y el ministro de la Guerra, y finalmente el emperador, que no es más que un monarca constitucional. El gobierno austriaco procura estar en buena relacion con sus dos poderosas potencias vecinas, la Rusia y la Prusia, de las cuales todo lo puede temer; en el año 1873 convocó á todos los pueblos á una exposicion universal, que atrajo á Viena, como la de París en 1867, á muchos soberanos de Europa y hasta al rey de Prusia.

La Rusia, aliada secreta de la Prusia y probablemente su antagonista para el porvenir, se aprovechó de la guerra franco-prusiana y de los desastres de Francia para libertarse de las cláusulas más onerosas del tratado de París. Ha recobrado su influencia en el Mar Negro, y mientras pueda continuar sus designios sobre Constantinopla, consolida su posicion en Asia y avanza lenta, pero seguramente, en la India, en donde se encontrará con Inglaterra en una lucha formidable, que probablemente decidirá de la suerte del Asia. A pesar de las aprensiones y murmullos de Inglaterra, que no cuenta ya con la Francia para ayudarle á sostener el equilibrio entre las potencias, acaba de apoderarse del khanato de Khiva, en el Turquestan, y no es probable que abandone este país, cuyo soberano nominal continuará siendo su vasallo.

La Turquía, siempre amenazada por Rusia, evita todo lo que puede los conflictos con esta potencia; por desgracia, desde el concilio del Vaticano, se ha separado de la política de justicia para con los católicos y de benevolencia

hácia la Santa Sede, que la honraba á los ojos del mundo entero; impelida por la Prusia y por la Rusia, ha favorecido el cisma que se ha declarado entre los armenios católicos y defendido á la minoría sublevada contra la mayoría, que ha continuado siendo fiel. Obrando así, favorece los intentos de sus enemigos y aleja de sí las simpatías que pudieran serle útiles. También allí se conoce la ausencia de Francia, cuyo abatimiento anima la ambicion de los príncipes cismáticos y protestantes.

Ninguna potencia debe conocer mejor este abatimiento que la Inglaterra, que en un principio vió con cierta fruicion las derrotas de Francia; pero que ahora siente que hayan sido tan crueles. Su política se encuentra fuertemente comprometida en Oriente, en donde la Rusia ha recobrado su influencia y en donde amenaza á la vez á la Turquía y á la India. En el interior, el gobierno inglés debe contar siempre con las agitaciones obreras y con el descontento de Irlanda, á la cual ciertas semi-medidas de justicia no han podido todavía calmar. Sin embargo, conserva una tranquilidad relativa; las lecciones dadas por el espectáculo de las desgracias en Francia no han sido inútiles para ella, y continúa siendo una de las naciones más prósperas y más ricas del mundo, esperando el choque que muy bien podria desgarrar de un golpe á este coloso, que solamente descansa en la fragil base de los intereses industriales y comerciales. Felizmente para ella, el catolicismo hace entre los ingleses bastantes progresos, que pueden ser causa de otros muchos más y que pueden salvar á esta sociedad, arruinada por la incredulidad, por el materialismo y por las divisiones religiosas.

Los Estados secundarios del Norte han disfrutado de bastante tranquilidad en estos últimos años. La Bélgica ha sabido hacer respetar su neutralidad durante la última guerra y el juego de las instituciones parlamentarias; elevando al poder á un ministerio católico, la ha dado un gobierno más conforme á sus sentimientos é intereses. La Holanda, tranquila en el interior, se ha comprometido en la isla de Sumatra en una guerra contra el sultan de Achem (ó Achim), que ha quedado independiente, guerra que podrá ser larga y difícil, pero cuyo resultado no puede ser dudoso á causa de